

Distinción, resistencia y afirmación
Juegos sociales y simbólicos en los carnavales rosarinos de entreguerras

Diego P. Roldán*

El carnaval es un ritual cíclico, conformado por un tiempo fuera del tiempo que tuerce la dinámica social. El carnaval suspende la *lógica del juicio*, aniquila las clasificaciones corrientes, embrolla el orden y el sentido de las culturas. Nacimiento, muerte y resurrección aparecen entremezclados, las escisiones modernas son desactivadas. Las formas lineales de medir, percibir y apropiarse del tiempo-espacio se adormecen.¹

Durante el carnaval disciplinas, encausamientos y auto-coacciones se suspenden. Las fiestas invierten el orden binario: lo prohibido es correcto y lo correcto está prohibido. Esos días invitan a reír hasta de las pesadillas, de las interdependencias, de los que dan las órdenes y aún de la muerte. Durante el carnaval, quien es cotidianamente temido puede devenir motivo de burla y alegría.

Hace cuatro décadas, Bajtin afirmó que los elementos de la cultura popular y burlesca no habían sido estudiados con suficiente profundidad.² Hoy la historia de las ciencias sociales muestra un panorama diferente. Entonces, ¿para qué otro análisis del carnaval de entreguerras en una ciudad periférica? Este trabajo desea mostrar que el carnaval no sólo puede funcionar como un rito de diferenciación o inversión sociocultural, sino que también es capaz de articular afirmaciones comunitarias. En consecuencia, no sólo se examinan las inversiones rituales y la cultura burlesca como formas de resistencia, además se intenta proponer que esa cultura existe (como afirmación subalterna) bajo las condiciones que le impone el gesto que la subordina. Al atenuarse esa dominación, las expresiones de la cultura subalterna se modifican. El carnaval es capaz de afirmar la *distinción de los agentes dominantes* y la *(in)cultura de los agentes subalternos*, pues opera en un juego de símbolos que se rechazan y oponen en sus secuencias relacionales. Sin embargo, ocasionalmente, las estrategias de los agentes –sin proponérselo– consiguen desplazar las reglas de ese juego. A continuación intentaré mostrar las formas que adoptan esos juegos, reglas, estrategias y sus variaciones.

El reverso de ese mundo disparatado son las normas que pesaron sobre el carnaval. Las mayores ambiciones regulatorias jamás se alcanzaron. Una de las características del poder

* Dr. en Humanidades y Artes mención Historia. Jefe de Trabajos Prácticos en la cátedra de Espacio y Sociedad de la carrera de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Investigador Asistente del CONICET en la Unidad Ejecutora en Red Investigaciones Sociohistóricas Regionales. Centro de Estudios Sociales Regionales y del Centro Interdisciplinario de Estudios Sociales de la UNR.

¹ ELIADE, Mircea *El mito del eterno retorno*, EMECE, Buenos Aires, 2001.

² BAJTIN, Mijail *La cultura popular en la edad media y el renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*, Alianza Madrid, 1998; ECO, Umberto et al. *¡Carnaval!*, FCE, México, 1989; ZEMON DAVIES, Natalie *Sociedad y cultura en la Francia Moderna*, Crítica, Barcelona, 1993 y THOMPSON, E. P. “La cencerrada”, en *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 1993, por sólo citar los más eminentes.

y la dominación es su imperfección, el movimiento que suprime suele estar asociado al que resiste, bajo formas diversas, esa supresión.³ Esta relación asimétrica de los juegos de fuerza poder-resistencia –que admiten puntos intermedios como la adaptación, integración, negociación– puede analizarse fuera de la *lógica del resultado*, más allá del éxito o el fracaso. En ese nivel, estudiaré la urdimbre de las normativas, el proceso de construcción y despliegue de los campos de interdicción, como acceso a un juego de energías interminablemente desplazado. La estrategia metodológica practica una doble lectura, directa y oblicua, de los discursos y prácticas que instituyen las prohibiciones. La primera indaga sobre los intereses de las agentes dominantes en el proceso de regulación y la segunda sobre las tácticas de la resistencia, desviación y desplazamiento que los agentes subalternos interpusieron frente al control y el encausamiento. Al definir a los protagonistas de esas interacciones como agentes y no como sujetos o actores intentamos mostrar la variabilidad de las posiciones en función de los juegos que desempeñan dentro del vínculo que configuran.⁴

Disciplinas y separaciones

Desde mediados del s. XIX, los carnavales fueron regulados. El éxito no siempre acompañó a las vigilancias. Falcón ha observado las dificultades de esos controles.⁵ Inicialmente fue imposible encausar el excedente de energía liberado en los carnavales. Las celebraciones se configuraban como una interferencia en los códigos los de la producción y el intercambio *normales*. A partir de esas escansiones, el *caos carnavalesco* y el *orden laboral* se disociaron.

La normativa intentó prefabricar el sentido de la fiesta.⁶ Hacia fines del siglo XIX, las ordenanzas fijaron un espacio-tiempo, estableciendo lugares y horarios. Se cerraron calles, alterando el sentido del tráfico para el desfile de las carrozas. El centro y la plaza principal fueron el teatro de los corsos. La limitación espacial del carnaval permitió a las autoridades vigilar su desenvolvimiento. Los recursos burocráticos disponibles sólo podían operar en un área circunscripta. Desde 1900, el Parque Independencia –una especie de *parque central*– se impuso como escenario de los carnavales.

Los disfraces que ofendieran a la “moral pública” o afectaran jerarquías o dignidades civiles, militares y/o eclesiásticas fueron proscriptos. Se prohibió el uso de vestimentas *infamantes*. La “ofensa moral” del atuendo fue definida a través de la exhibición de ciertas

³ FOUCAULT, Michel *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1993.

⁴ WITTGENSTEIN, Ludwig *Investigaciones filosóficas*, Altaya, Barcelona, 1994.

⁵ FALCÓN, Ricardo “La larga batalla por el carnaval: la cuestión del orden social, urbano y laboral; en el Rosario del siglo XIX”, en *Anuario de la escuela de historia*, núm. 14, FHyA, UNR, Rosario, 1989-1990.

⁶ Para una consideración sobre el período previo ver FALCÓN, Ricardo “La larga batalla...”, cit.

partes (“inconvenientes”) del cuerpo y de la hibridación de las categorías de clasificación de género (masculino-femenino).

En muchas sociedades, el vestido (singlo) y el vestuario (sistema de signos) constituyen un código de información social que establece valores relativos por (o)posición y relación.⁷ La naturaleza referencial del código implica a las jerarquías, uno de los principales flujos de información activado por el vestuario. La metonimia del vestido, relación de correspondencia entre vestimenta, usuario y contexto (ej. celebraciones oficiales), era admitida. La metáfora, en cambio, relaciones incongruentes entre los términos anteriores (ej. carnavales), era limitada.⁸

Los simulacros y metáforas fueron escrutados. Allí, los guardianes del orden conjeturaron amenazas. No todos los espectadores podían distinguir “adecuadamente” la escenificación carnavalesca. A un vestido digno podían adherirse los atributos inapropiados de los “portadores” y las burlas de los “espectadores”. La inestabilidad de los signos de información social y la escasa capacidad de decodificación de sus observadores permitían que el vestuario y el rito oficiales corriesen el riesgo de confundirse con los festivos. Sin embargo, los argumentos de los agentes fueron otros: la interdicción sobre los disfraces militares fue sostenida en razón a su peligrosidad para la integridad física de los festejantes.⁹ Así, por ejemplo, se prohibió el uso de armas de fantasía.

Los juegos con agua fueron impedidos. El Jefe Político obró una imposición recurrente. Las variaciones sobre esta normativa evidencian una flexibilidad selectiva. Hubo segregación espacio-temporal de los juegos con agua, como arrojar pomos y globos de goma, con referencia a otras expansiones más “civilizadas”, como echar flores y confites pequeños.¹⁰ El juego con agua era capaz de dañar la (re)presentación de la fiesta. La activación de esas formas lúdicas embrollaban las secuencias normalizadas de las relaciones sociales. Las interdicciones de las fiestas (con sus variaciones y novedades) fueron espejos que reflejaron su simetría ritual. Al caos latente del carnaval lo acompañó la efectiva (aunque sólo en la letra) normalización de sus prácticas. A un *ritual de inversión* del orden se le anexó uno de *reforzamiento*. Infatigablemente, fiestas-ordenanzas y ordenanzas-fiestas se reprodujeron.

⁷ ENTWISTLE, Joanne *El cuerpo y la moda*, Paidós, Barcelona, 2002; GOFFMAN, Erving *La Presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires, 1981.

⁸ DAMATA, Roberto *Carnavales, malandros y héroes. Hacia una sociología del dilema brasileño*, FCE, México, 2002.

⁹ ELIAS, Norbert *el proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, FCE, México, 1989.

¹⁰ “Reglamentación del Carnaval” DMR 1892, pp. 636-637.

Esa (re)afirmación del orden fue ratificada por los criterios de distinción y construcción social de las jerarquías. A partir de 1895, funcionó una Comisión Organizativa de notables encargada de la logística del festejo oficial. Esa medida prestó brillo y distinción a las fiestas convirtiéndola en una barrera frente a la *(in)cultura*. Una nominación construida por los agentes dominantes y que etiquetaba un conjunto de prácticas “inconvenientes”, cuyos protagonistas eran agentes subalternos.¹¹

El uso del espacio contribuyó al lucimiento festivo y desmanteló las condiciones de posibilidad de la *incultura*. En 1899, los trayectos se (re)orientaron, favoreciendo la circulación de carros adornados por las calles con pavimentos de madera. Este cambio respondía a dos cuestiones: el embellecimiento de la fiesta y la seguridad de los ocupantes de las carrozas. El pavimento de madera, aunque poco durable, poseía un alto valor estético y su estructura impedía que se alzarán piedras para arrojarlas envueltas en serpentinas a las carrozas.

La interdicción del juego con agua y de la detonación de bombas y petardos intentaba extirpar la costumbre de lanzar objetos durante los festejos. En 1900, los juegos con agua fueron habilitados en los suburbios, sólo se los proscribió en la primera ronda de bulevares. Este *régimen de tolerancia segregativo* obedecía a la colaboración no cooperativa de mecanismos materiales de control ineficientes y arraigadas prácticas populares. En el centro, los juegos con agua fueron prohibidos, no tanto porque no hubiese quienes quisieran entregarse a ellos, como porque las artes del control podían gozar allí de mayor eficacia.

Organización de los usos del espacio (oficialización de recorridos, circunscripción y aislamiento de los festejos); indicación de una pauta de días y horarios (tres jornadas en la franja vespertino-nocturna); normalización de las prácticas (prohibición de ciertos vestuarios, juegos con agua y detonaciones) he aquí los contornos del territorio diseñado por el control.

Oposiciones circulares

En 1910, la ciudad se aprestaba a festejar el centenario. Durante el verano se difundieron consignas que instruían las celebraciones. Quizá debería aguardarse un carnaval morigerado, disciplinado, regular y articulado con las fiestas patrias, no obstante ocurrió lo contrario.

Los periódicos reseñaron cuidadosamente las alternativas de esos carnavales, explayándose sobre las prácticas callejeras, ignorantes del rigor oficial. Después del mediodía,

¹¹ ROLDÁN, Diego P. “Imágenes, juegos, rituales y espacios. Las interacciones socioculturales entre élites y sectores populares durante la entreguerras. La *incultura* en Rosario (Argentina),” *História*, Sao Paulo, vol. 28, núm. 2, 2009.

en los barrios y el centro se inauguraron los juegos con agua. Los mismos que la ordenanza de carnaval prohibía taxativamente.

Esos juegos formaban parte de una tradición que el municipio sólo consiguió domesticar a medias. Esta expansión se regía por los mismos protocolos de la *(in)cultura*: atentaba contra personas que ordinariamente serían reverenciables (damas y ancianos). Las pelucas y los afeites quedaron maltrechos, "...se habían diluido en el agua carnavalesca los revoques y los estucos artificiales de los rostros."¹² El agua descubría las diplomacias de las interacciones cotidianas. Los antifaces del carnaval descartaban a las máscaras de la vida, una máscara no podía aplicarse sobre otra sin revelar la incomodidad de la rutina; el teatro del grotesco renegaba de esa cotidianeidad, sus reglas y máscaras eran otras.

El rey Momo imponía sus códigos. Las normas de la arquitectura social, pacientemente construidas por las cadenas de interdependencia, se transformaban (se invertían) bajo el pulso del gran caricaturista de la vida. Las jerarquías se anulaban y los guardianes del orden claudicaban ante el espíritu lúdico. La policía se retiraba para no incrementar las tensiones, cuando en otro momento hubiese reprimido. Ciertamente, la diversión sólo contravenía ordenanzas, no suponía un peligro real. La discreción dominó a la vigilancia.

Pero no todos comprendieron los códigos de la fiesta. Algunos se mantuvieron al margen. Quienes reverenciaban el *status quo* y sus divisiones como el único mundo posible, se resistían a interactuar en los juegos carnavalescos, riñendo con quienes no tenían más armas que un balde, una manguera y agua.¹³

Distintos agentes sociales animaron los festejos. En 1910, pocos podían aspirar a la propiedad de un automóvil. No obstante, ese grupo minoritario protagonizó varios *combates carnavalescos*. Agentes dominantes tributaban a su juventud, escenificando conductas coincidentes con la *(in)cultura* de los agentes subalternos. La prensa narró esos episodios sin fastidio, enfundando sus habituales críticas.¹⁴

Los envistes de los automovilistas eran parte de un cortejo. Un grupo de señoritas de los barrios del norte resistían las cargas automotrices de "jóvenes aristócratas". Esta literatura registra dos inversiones del patrón de comportamiento socio-cultural "normalizado". Primero, las elites (compuestas y disciplinadas) participaron de un juego desenfrenado (inculto), aunque acompañados por una máquina que representa su estatus social. Los miembros más

¹² "El carnaval. festejos del primer día. Entusiasmo barato. El desborde húmedo", *La Capital* 07/II/1910.

¹³ "Mojaduras callejeras. Incidentes y comentarios", *La Capital* 07/II/1910.

¹⁴ "Mojaduras callejeras. Incidentes y comentarios", *La Capital* 07/II/1910.

jóvenes de “conocidas familias” se sumergían en los códigos de la fiesta popular. Segundo, las jóvenes del suburbio septentrional (“víctimas pasivas”, en atención a su subordinación socio-espacial y genérica) intentaron detener el auto con una cuerda y mojar a sus ocupantes, desconociendo su posición doblemente sometida.

La interacción cruzada de muchachos socioculturalmente dominantes y las jovencitas subalternas puso a rodar la circularidad cultural. El carnaval era codificado y decodificado, sin excedentes de incomprensión, por agentes sociales que pertenecían a mundos distintos, con matrices culturales diversas, pero que se encontraban relacionados por un mismo juego social.

En contraste con los excesos vespertinos, las celebraciones nocturnas no violaron las normas. Quienes por la tarde mojaban señoritas desde un auto, en la noche podían encausar y auto-regular sus comportamientos. A esa hora, los carros transitaban lentos para exhibir a las máscaras. En el palco oficial, lo más selecto de la ciudad se daba cita. La elite bruñía socialmente al carnaval, inhibiendo su “indeseable” popularización. Para que esa exhibición de la distinción surtiera efecto, fue indispensable la animación del “elemento popular”, cuya presencia debía afectar la apariencia de un “alegre paisaje humano”, un espectador sonrientemente pasivo.¹⁵

El imperativo de la corrección ganaba la descripción de la noche. La vigilancia era difícil, pero el encausamiento fue pregonado por la prensa. “Concurrencia nutrida”, “participación popular medida”, “animación festiva”, “lucimiento de decoraciones”, “cultura imperante” fueron algunos de los recursos utilizados por los periodistas para describir los corsos oficiales. El público (pueblo) estaba delimitado por risas discretas (y no altisonantes), chistes de buen tono (y no procaces), canciones selectas (y no burlescas), disfraces elegantes (y no obscenos) y una animación sana y ordenada (no enferma y, por ende, caótica). Igualmente, los juegos se desarrollaron sin desviarse de las ordenanzas: sólo se utilizaron serpentinas y papel picado. El reverso de ese carnaval nocturno (*civilizado*) eran los juegos con agua vespertinos (*incultos*). El alegato favorable al orden encubre el temor al caos, afirmación y negación son aquí operaciones intercambiables, pero siempre defensivas.

La evidencia construida sobre los carnavales del centenario produce dos series simétricas y formalmente excluyentes. La primera *noche-centro-cultura-dominación* y la segunda *tarde-barrios-incultura-subalternidad*, pero quienes las habitaron fueron agentes intercambiables y la fiesta que celebran los identificó *circularmente*.

Juegos de distinción

¹⁵ “Corsos y bailes. Máscaras y comparsas”, *La Capital* 07/02/1910.

En 1914, se habilitó el primer corso barrial, extendiéndose el radio de los festejos.¹⁶ La expansión, sin embargo, no fue azarosa. El suburbio era un “caracterizado *faubourg* de la elite”. Las fiestas oficiales se desarrollaron armónica y civilizadamente, tuteladas por las fuerzas del orden. Los periodistas subrayaron la distinción social de esos encuentros.¹⁷

Aquel corso se desplegaba a ocho kilómetros del centro. Los medios de transporte no eran abundantes ni veloces, hacía seis años que los tranvías eléctricos unían ambos puntos. Si bien el arribo no era dificultoso, pues se realizaba en oleadas sucesivas, el regreso simultáneo ocasionó incidentes.

En 1914, la concentración fue tal que hubo disputas para acceder a coches completos. Ante tranvías que no detenían su marcha, “...un grupo de muchachos amontonó serpentinas en las vías y les prendió fuego, mientras una multitud invadía los techos...”¹⁸

El teatro de la civilización distinguida fue ensombrecido por la *incultura* de quienes retornaban al centro. La composición social del público no había variado, no eran los agentes subalternos los encargados de los desmanes, sino miembros de grupos no sospechados de esas conductas. La prensa evidenció su posición social al afirmar que no eran incidentes populares, sino “...hechos *normales* que se producen en las grandes aglomeraciones de gentes.”¹⁹

Los comportamientos de los agentes dominantes fueron tan unidimensionales como los sentidos que les atribuyeron las notas. Durante el carnaval, la (*in*)cultura, patrimonio de los agentes subalternos, recorría el campo cultural sin reparar en distinciones arriba/abajo; culto/popular; letrado/iletrado. Ante la necesidad de regresar al centro, jóvenes socializados lejos de los ámbitos populares podían utilizar fragmentos de esa cultura. Estos episodios muestran la activación, en el plano de las prácticas y las interacciones, de la circularidad cultural.

Durante los años 1920s,²⁰ los carnavales fueron estabilizados como fiesta de la elite. Las ordenanzas pautaron su ritmo y las potencias revulsivas del carnaval fueron aquietándose. La fiesta se amoldó a la afirmación de las jerarquías y la separación de los grupos sociales, conforme a sus posiciones. Las inversiones simbólicas no fueron admitidas. El juego con agua y las risas fueron acorralados por la etiqueta. Los festejos populares del carnaval debían transformarse en espectáculos regulares, propicios para cierto consumo y diversión sin excesos.

¹⁶ “18/II/1914 El Carnaval”, DMR 1914, p. 216.

¹⁷ “Ecos del Carnaval. El corso de Saladillo”, en *Gestos y Muecas*, año II, núm. 20, 27/II/1914.

¹⁸ “El carnaval y la policía. Una lección elocuente”, en *La Capital* 26/II/1914.

¹⁹ “El carnaval y la policía. Una lección elocuente”, en *La Capital* 26/II/1914.

²⁰ Luego de 1922, carnavales y actos electorales fueron disociados. La conflictividad social también resultó atenuada, en consecuencia las huelgas no interrumpieron las celebraciones.

A mediano plazo, los dispositivos de la violencia física y simbólica consiguieron “normalizar”, los impulsos de la *(in)cultura*. Montados a suntuosas carrozas y automóviles, los agentes dominantes transformaron al carnaval en un espejo que amplificaba su preponderancia social, reservando a los agentes subalternos el rol pasivo de masas espectadoras.²¹

El papel de los subalternos en el corso consistía en colocarse al borde de la acción y admirar a las elites, aplaudir su paso, arrojándoles flores y serpentinas. Ninguna tergiversación de la relación significado-significante-contexto era admitida a través de cánticos, disfraces, o acciones. El carnaval de las elites no colocaba en jaque al orden, antes afirmaba la indefinida persistencia de sus jerarquías y la dominación social, transfiriendo las distancias sociales a la organización del corso. Las reglas restrictivas del festejo traducían la inestable posición social de las élites, en una ciudad sin pasado colonial y llena de inmigrantes.

La imposición de ese rol pasivo perturbó el desenvolvimiento de los carnavales. La inclusión de un concurso de disfraces infantiles, en los años 1920s., retrasó la aparición de la conflictividad sociocultural en festividades de diseño excluyente. La atmósfera familiar era una compensación regulatoria de la distancia social que se establecía entre carruajes, palcos y público.²² Una posibilidad de celebrar e identificarse con pequeñas islas comunitarias rodeadas por el mar de la distinción.

Con todo, las normativas evidenciaron que las resistencias al carnaval de la distinción no habían desaparecido. Continuaban esperando el intersticio adecuado para ejecutar una última pirueta y poner otra vez el mundo patas para arriba.

Resistencias e iconoclasias

En 1923, en los cursos céntricos y periféricos, grupos de jóvenes produjeron algunas incidencias. Sus expresiones y acciones han “...ofendido de palabra a señoras y niñas, dando motivo a cambio de palabras y altercados...”. La policía reprimió estos abusos, aunque de forma desproporcionada, puesto que no reparó en “...la calidad de las personas...”²³ Paradójicamente, los integrantes de estos conjuntos no eran los sospechosos agentes subalternos, sino jóvenes de las más prestigiosas familias de la ciudad, quienes “...por su posición deberían dar ejemplo de cultura...” Aquí, la prensa exhibe, una vez más, su posición

²¹ “El Corso de Roque Saenz Peña”, *La Capital*, 1920.

²² “Se introduce para esta edición del carnaval los disfraces infantiles”, *La Capital* 03/II/1923.

²³ “El Carnaval y las patotas”, *La Capital* 3/II/1923.

social, puesto que solicita la represión policial de las patotas, pero con arreglo a la condición social de sus componentes.²⁴

En 1925, se anotaron varios hechos de violencia protagonizados por agentes subalternos, que sin ser ampliamente comentados merecieron reprobación. Un hombre fue atropellado en el carnaval por “...un camión de dudosa categoría y adornado con pésimo sentido del gusto.” El peatón quedó hospitalizado en grave estado. Mientras, en el corso del aristocrático *faubourg* se produjo “un caso bochornoso”. “Una niña fue enlazada sacándosela violentamente del coche en que viajaba al centro [...] Se trata de un exponente de la incultura que la policía debe reprimir.”²⁵

El atropello de un hombre podía pasar inadvertido, no así la niña enlazada. La acción era inusual y la víctima “una inocente”. Pocos meses atrás, el Frigorífico Swift abrió sus puertas en las inmediaciones. La fábrica reconfiguró el espacio social del barrio. La prensa atribuyó la responsabilidad del suceso a los obreros del frigorífico, acostumbrados a enlazar reses. Aquí, la certeza de la proposición no importa, interesa, en cambio, el razonamiento por analogía que coloca en igualdad semántica al frigorífico y el carnaval, a las reses y la niña, convirtiendo a los trabajadores en cajas negras que establecen una relación simbólica entre estímulo-respuesta automática y descontextualizada. Al tiempo que los agentes subalternos eran imputados en estos mecanismos simbólicos, la elite era “disculpada” por los “atentados contra el bien común y las buenas costumbres”, ampliando la distancia recíproca de sus esquemas culturales. La cultura de la elite (en tanto cultura superior) se representaba autónoma y pura, sin contacto con la cultura popular.

Entre 1928 y 1929, el clima civilizado de los carnavales periféricos comenzó a resquebrajarse. Aquellas delicadas tardes animadas, pero bajo control, tocaron a su fin. La instalación de Swift y las transformaciones en la población del barrio afectaron la posibilidad de continuar con fiestas lujosas. Lejos del protocolo y la etiqueta, los nuevos vecinos pasaban sus horas consagrados en el trabajo industrial.

El carnaval descubría un nuevo perfil. Si bien los corsos continuaron atrayendo gran público, ese año los asistentes llegaron a pie. Los coches, que habían causado embotellamientos y desfilado por cientos, menguaron. Los juegos se efectuaron en orden, pero un clima tenso los envolvió. Las siluetas de a pie no encajaban en el mundo que la elite había reservado a sus esparcimientos. Nuevos rostros y actitudes colisionaron con los rasgos *civilizados* y *selectos* que durante años dominaron en esos carnavales. Apenas una década

²⁴ “El Carnaval y las patotas”, *La Capital* 3/II/1923.

²⁵ “Un caso bochornoso”, *La Capital* 2/III/1925.

antes, la reunión era una fiesta fastuosa, retratada con expresiones tales como “expansión de apreciable distinción”, “lúcida fiesta social”, “brillante reunión”. Hacia 1930, ésta ingresó en un círculo de decadencia del que no conseguiría librarse.

Las reprochables costumbres de los barrios suburbanos, los aspectos cómicos y lúdicos del carnaval, los juegos con agua y las inmersiones de los vecinos fueron resucitados. Este *retorno de lo reprimido*, que aparecía bajo nuevas investiduras, implicó la irrupción violenta de la tensión contenida por la convergencia de reglamentos y guardias. El conflicto sobre el que se fundan las relaciones de la cultura dominante y subalterna emergió.

Los nuevos agitadores del carnaval levantaban las serpentinas que yacían en tierra y las arrojaban sobre los elegantes disfraces, ensuciándolos hasta estropearlos. En otros casos, camuflaban piedras entre el papel picado para lanzarlas sobre las cabezas de los miembros de las más selectas familias.²⁶ Hechos semejantes se produjeron en el corso oficial. Si no era posible reír de las jerarquías y ridiculizar el orden, entonces, el *buen tono* fue amenazado por violencias menos discretas y más directas. La iconoclasia y la inversión fueron las estrategias desplegadas por una cultura popular sitiada.²⁷

Ante este cuadro, los carnavales suburbanos se suspendieron. Su última edición, en 1929, acusó los síntomas de un espectáculo masivo. Una animosidad (*in*)civilizada pululaba en el ambiente.²⁸ El hormigueo de la cultura popular transformaba el *faubourg* de la elite en terreno para la diversión (*in*)temperante de los trabajadores. Esos hombres, acostumbrados al rigor y la alienación de la fábrica, desconocían el protocolo oficial.²⁹ La elite con nostálgica lentitud se resignó a olvidar aquellos paisajes, dejando su vergel en manos de otros agentes y prácticas.

De la disciplina a la seguridad

En la década siguiente, y tras los represivos carnavales de 1930-1932, el municipio ensayó liberar los festejos a la organización de los vecinos. Las vecinales se transformaron en las principales animadoras del carnaval. Esto produjo dos resultados de envergadura. Primero, mantuvo la animación que el carnaval había perdido en sus últimas ediciones. Segundo, consiguió que los grupos involucrados en sus festejos se expresaran de un modo menos revulsivo.

²⁶ “Coros en Saladillo”, *La Capital* 20/II/1928.

²⁷ “Después de las fiestas de Carnaval”, *La Capital* 24/II/1931. Párrafo consagrado a rememorar las maneras incultas con que se festejaba el carnaval en los años anteriores.

²⁸ “Continúan con entusiasmo los festejos de Carnaval”, *La Capital* 11/II/1929.

²⁹ ROLDÁN, Diego P. *Chimeneas de Carne. Una historia del frigorífico Swift de Rosario, 1907-1943*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2008.

Era menester desajustar las reglamentaciones para permitir esas expresiones. El carnaval no podía seguir siendo un espejo para la vanidad de la elite, los agentes subalternos reclamaban un papel activo. Cuando éstos pudieron utilizar al carnaval como una celebración para afirmar su identidad prescindieron de la iconoclasia y las inversiones rituales. Esa conculcación simbólica del orden (diseñada a falta de poder reinventar la celebración) fue innecesaria. Los agentes subalternos, paulatinamente, conquistaron el espacio del carnaval y con esa invasión festejaron de modo menos agresivo. Utilizaron maneras que, por cierto, habían sido compartidas y estimuladas por muchos jóvenes de los grupos pudientes. Aunque esta *pacificación* de las fiestas no fue instantánea, en el mediano plazo la desregulación rindió sus frutos disciplinarios.

Los carnavales de 1938-9 exhiben una mayor auto-regulación del público. Las condenas de la prensa mermaron. Los carnavales transitaban por otras calles, ajenas a las de la distinción social de principios del s. XX, pero sin incidentes.

Las autoridades se resignaron a tolerar el juego con agua en los barrios, aunque continuaron prohibiéndolo en el centro. El norte de la ciudad se integró a los festejos. Se insinuó un desplazamiento del centro recreativo urbano. A partir de la década de 1940, la primera ronda de bulevares y el Parque Independencia compartieron esa hegemonía con la Avenida Costanera y los balnearios.

El tiempo libre se diversificaba en agentes, espacios y prácticas. El larvado multicentrismo se manifestó, pero su construcción había sido fruto un proceso enmarañado. La ciudad y las masas comenzaron a transitar el largo camino que trabajosamente aún hoy y bajo otras gramáticas sociales y políticas pretende colocar a Rosario “de cara al río Paraná”.

Los carnavales y sus animadores fueron a un tiempo agente y producto de ese proceso. Lejos de la ritualidad invertida, los carnavales fueron celebraciones de identificación y de autoafirmación. Primero de la elite y luego de una cultura masiva que difumina los límites entre lo culto y lo popular. *La larga batalla por el carnaval*, analizada por Ricardo Falcón para el s. XIX, culminó a mediados del XX, pero ninguno de los agentes que protagonizó esos primeros combates se había alzado con la *victoria*.

El proceso social y las configuraciones del carnaval dan cuenta de una lucha no planificada, de un juego con reglas cambiantes y de una reconfiguración social que incide sobre las fuerzas de cada uno de los bandos de manera decisiva, hasta incluso provocar su desaparición o disolución. En los numerosos y poblados corsos de los años 1940s., una sociedad masiva se celebraba con rituales que no pretendían ser ni de inversión ni de separación, sino de autoafirmación comunitaria.